

Cantares 8

*Hermano: de la tristeza
a la Diestra*

“Cantares 8:1 Cantares 8:1: “¡Oh quién te me diera como hermano que mamó los pechos de mi madre!” (JBS)

Cantares 8 comienza con la Voz que sorprende por su intimidad y que nos introduce directamente en **la hermandad**. A partir de esta expresión, la enseñanza nos lleva a contemplar **la unidad entre la Cabeza y el cuerpo, una unidad en la que comienza a hacerse visible aquello que Dios ya ha transformado en la Amada**.

Y la pregunta es: **¿qué significa ser hermano?**

La Escritura nos muestra que **un hermano** no es simplemente alguien que comparte un apellido o un parentesco, sino **aquel que camina dentro del mismo propósito del Padre, bajo el mismo gobierno y dentro del mismo cuerpo**. Yehoshúa' mismo enseñó que sus hermanos son aquellos que hacen la voluntad del Padre (**Mateo 12:50**). Por eso, **“mamar de los mismos pechos”** nos lleva a comprender que existe una misma fuente de alimento, una misma enseñanza recibida y, por consecuencia, un mismo proceder.

La hermandad se hace visible cuando compartimos la misma copa. El vino de esta copa nos recuerda **la sangre del Cordero** de aquello que recibimos de Él y que comienza a establecer en nosotros un mismo proceder, no slo nombrarlo (**1Corintios 10:16**). Por eso, la hermandad verdadera no se define solamente con palabras; se reconoce cuando podemos caminar juntos bajo el gobierno de la Cabeza, cuando el dolor del otro nos importa y cuando estamos dispuestos a hacer lo necesario para ayudarlo a avanzar dentro del propósito de Dios.

Si alguien todavía no está bebiendo de esa misma copa, la tarea no es simplemente apartarlo y decir que no es nuestro hermano. La enseñanza nos confronta con algo mayor; **debemos trabajar para llevarlo a la presencia del Rey**. El hermano es aquel que ha llegado a participar de la misma vida, pero también aquel que entiende que su responsabilidad es ayudar a que otro pueda llegar allí. La verdadera hermandad se hace visible cuando, aun después de una discusión o de una diferencia, **el mismo proceder recibido de la Cabeza vuelve a unirnos y nos lleva nuevamente al propósito del Padre**.

Al cerrar Cantares 7 quedó delante de nosotros **Benjamín, el hijo de la diestra**. Raquel, al dar a luz, lo llamó Benoni, “hijo de mi tristeza”, pero Jacob lo llamó Benjamín, “hijo de mi diestra” (**Génesis 35:18**). Entre la tristeza y la diestra hay un proceso, es decir, **aquello que fue vivido en la aflicción no desaparece simplemente porque el nombre cambie; debe ser tratado para que pueda hacerse visible aquello que el Padre ha establecido**. En este sentido, Benjamín aparece unido a la reconciliación y de la unidad. Su historia está vinculada a la preservación de la unidad entre los hermanos y también a la restauración de la relación entre el padre y los hijos.

Por eso, **la Diestra** no puede comprenderse separada del trato. Quien se aleja de la voz del Rey queda expuesto a la tristeza y a la amargura. Noemí misma pidió que no la llamaran Noemí, sino Mara, porque había experimentado amargura. La enseñanza nos lleva a reconocer que mientras el hombre no comprenda cuánto le cuesta **estar fuera de la voz de Dios, no deseará verdaderamente regresar a ella**. Desde el principio, el hombre ha tenido el problema de despreciar la voz; por eso el Rey está formando un pueblo capaz de oírla, recibirla y proceder conforme a ella.

Pablo lo confirma con más claridad. De la tribu de Benjamín, fue primero Saulo, el que actuaba con sus propias fuerzas, hasta que en el camino a Damasco quedó ciego tres días (**Hechos 9:1-9**), la aflicción necesaria para dejar de moverse por impulso propio y empezar a caminar en el propósito del Padre. **De ahí en adelante fue Pablo, no ya Saulo**; y el mismo patrón de **Raquel y Jacob**, un nombre que nace de la tristeza y otro que se revela después. Esa misma raíz sostiene a otras figuras de la tribu, como **Ester y Mardoqueo**, y confirma lo que Pablo mismo llamaría el misterio de la reconciliación (**Efesios 3:1-6**), Benjamín como la tribu que causa unidad entre hermanos y entre el padre y los hijos.

Así comprendemos que la aflicción no es presentada como un fin, sino como parte del proceso por el cual el hijo llega a la diestra. Primero se hace evidente lo que éramos fuera de la voz; después puede hacerse visible lo que el Rey ha formado en nosotros. La transformación no consiste simplemente en recibir un nombre nuevo, sino en que ese nuevo nombre llegue a expresarse en nuestra manera de vivir.

Por eso, cuando el verso nos habla del **hermano**, nos lleva nuevamente a la **unidad entre la Cabeza y el Cuerpo**. Si **Mashíaj** ha tomado Su lugar en nosotros, ser hermano no es solamente una identidad recibida, sino también una tarea, y es, **trabajar para que Él tome en el otro el mismo lugar que ha tomado en nosotros**. Cuando esto ocurre, aquello que el Rey ha formado en la *Amada* comienza a ponerse al servicio de otros.

Así, la *Amada* comprende que la unidad no consiste simplemente en estar juntos, sino en compartir una misma vida bajo una misma Cabeza. Cuando el Cuerpo permanece bajo Su gobierno, aquello que estaba dividido puede ser llevado a la unidad y **el Plan Perfecto de Dios comienza a hacerse visible**.

De la tristeza a la Diestra, la luz que ha sido revelada en la *Amada* ya no queda solamente en ella, sino que comienza a alcanzar a otros. Y este es apenas el comienzo de todo lo que Cantares 8 tiene por mostrar.



Lo que el Rey ha venido mostrando acerca del hermano nos deja delante de una verdad que no podemos pasar por alto: **la hermandad se sostiene por una misma Vida que procede de una misma Fuente, y que además, se expresa en un mismo proceder. Yeshúa' HaMashíaj es la Fuente y la Vida, y su Vida comienza a hacerse visible en nuestro actuar.** Cuando la Cabeza gobierna al Cuerpo, esa Vida recibida comienza a expresarse en unidad, y aquello que el Rey está formando deja de ser solamente algo interior para hacerse visible entre nosotros.

Y es precisamente desde ahí que podemos continuar escuchando las palabras de:

Cantares 8:1: '¡Oh quién te me diera como hermano que mamó los pechos de mi madre!...'

La expresión **“que mamó los pechos de mi madre”** nos lleva a comprender lo que hace posible reconocer al hermano, y es que ambos hayan recibido alimento de una misma **Fuente Verdadera**. En este contexto, esos pechos representan **la Palabra íntegra** desde **Génesis hasta Apocalipsis**, la leche no adulterada de la que ambos nos alimentamos.

Esta alimentación no solamente nos da conocimiento; también **nos lleva a reconocer de dónde nos ha sacado el Rey y aquello que todavía necesita ser tratado en nosotros**. Para poder reconocer al hermano, primero es necesario reconocer el estado del que el Rey nos ha sacado. Cantares es también un proceso de refinamiento. **El Señor dice:** “Y meteré la tercera parte en el fuego, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro” (**Zacarías 13:9**).

La plata nos habla de reconocer la redención recibida, y a partir de ese reconocimiento comienza un proceso en el que el Señor trata aquello que todavía pertenece a nuestro comportamiento caído. Cuando una persona no reconoce aquello de lo que ha sido rescatada, puede llegar a **acomodarse a su cautiverio**. Pero, cuando comienza a reconocerlo, ya no se conforma con permanecer allí y clama por libertad, aprendiendo a reconocer **la mano de Cristo que la está sacando**.

La *Amada* que avanza no es aquella que piensa que nunca estuvo cautiva, sino aquella que puede decir: **“Así era yo, y el Señor me sacó de allí”**. Ese reconocimiento no la condena; la mantiene despierta frente a aquello que todavía necesita ser tratado.

Y este despertar también cambia su manera de mirar al Cuerpo. El Plan del Amado no es individualista. La *Amada* aprende a salir de sí misma para reconocer al otro, honrarlo y comprender que **Mashíaj** también está formando un Cuerpo. *“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero” (Eclesiastés 4:9-10)*. En comunidad aprendemos a soltar, a honrar y a reconocer lo que el Rey está haciendo en cada uno.

Por eso, si encontramos a alguien que todavía no tiene interés en la Palabra o no puede reconocer la redención, la respuesta no es descartarlo. La enseñanza nos lleva a acompañarlo hacia **el reconocimiento de lo que Mashíaj ha hecho en el trato y el refinamiento**. Primero se reconoce la redención; después el Rey continúa formando aquello que ha de manifestarse como oro. Pedro exhorta: *“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual, pura, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2)*.

Entonces, **así cambia nuestra manera de servir**. Porque aquello que hemos recibido debe ponerse al servicio de su propósito. *“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho el Señor de los ejércitos” (Zacarías 4:6)*. **Nosotros somos instrumentos; es el Rey quien da Vida y hace avanzar su obra.**

Por eso, el altar de honra vuelve a aparecer como expresión de una vida rendida. Elías reparó el altar del Señor que estaba arruinado. **El altar habla de honra, sujeción y una vida nuevamente puesta bajo el gobierno del Rey** y, delante de Israel, declaró:

*“yo soy tu siervo, y por mandato tuyo he hecho todas estas cosas”
(1 Reyes 18:30, 36).*

La *Amada* comienza así a comprender que la revelación es más que acumular información, es **cuando aquello que hemos recibido de la Palabra se hace Vida y nos permite mirar con los ojos del Rey**. Entonces puede mirar al otro y no quedarse solamente con el barro, sino reconocer aquello que **Mashíaj** quiere formar en él. La libertad que ha recibido no la lleva a separarse, sino a disponerse para el propósito del *Amado*, reconociendo, honrando y ayudando a levantar al hermano.

Cantares 8 continúa abriendo delante de nosotros **el corazón del Plan del Amado**. Una *Amada* alimentada por la misma Palabra del Rey, refinada por Él, capaz de discernir y de caminar en honra dentro del Cuerpo. Lo que Él ha formado en ella ya no queda encerrado en ella, sino que se convierte en instrumento para que *la Vida que es Cristo*, pueda ser reconocida también en el otro. **Así, la Amada aprende a vivir bajo el gobierno de su Rey haciéndose disponible para hacer aquello que Él le ha encomendado.**



La Palabra no adulterada con la que la *Amada* es nutrida comienza a hacerse visible en su manera de vivir. No basta con haber recibido alimento; ese alimento produce crecimiento y lleva a reconocer aquello de lo que el Rey nos ha sacado. Por eso, una señal de que estamos saliendo de una naturaleza caída y de un comportamiento de deshonra es que comenzamos **a dejarnos hallar y dejamos de ofrecer resistencia al trato del Rey.**

Cuando el Rey habla y dice: *“ponte, lleva, sube o vuelve”*, la *Amada* aprende a reconocer que está delante de un imperativo, es decir, **una orden, mandato o instrucción que llama a realizar una acción.** Ya no busca excusas ni defiende su propia proceder, porque ha sido tratada y comienza a comprender la obediencia desde la libertad. La fidelidad deja de ser solamente una palabra y se convierte en consciencia, porque **sé quién me habló, reconozco su Voz y respondo.**

Esa formación tiene un propósito que va más allá de nosotros mismos. **El Rey está levantando iglesias locales**, no construcciones hechas por manos de hombre, sino vidas en las que Él ha levantado un altar de honra. Elías reparó *“el altar del SEÑOR que estaba arruinado”* y llamó al pueblo a acercarse **(1 Reyes 18:30)**. Cuando el altar vuelve a colocar al Rey en el centro, su presencia se hace visible.

Por eso, hacerse **iglesia local significa convertirse en un lugar donde otros puedan acercarse y encontrar sustento.** La *Amada* abre las puertas de su casa, comparte la Palabra y se sienta a la mesa con otros. No se trata solamente de hablar de la verdad, sino de que la Verdad haya producido una vida que pueda nutrir y robustecer a otros.

“Hierro con hierro se aguza; y el hombre aguza el rostro de su amigo” (Proverbios 27:17).

El encuentro con el otro también forma parte del trato del Rey.



Para poder vivir esa comunión necesitamos intimidad con Él, y así se aparta la resistencia; **el trato del REY debilita la carne**. La oración no puede reducirse solamente a pedir; es también relación, escucha y agradecimiento. Cuando la relación con el Rey se hace estrecha, cambia nuestro semblante, nuestro caminar y nuestro proceder. Y cuando Él dice: “¡levántate!”, podemos responder sin resistencia, porque conocemos a aquel que nos habla y a su gobierno.

Desde ahí podemos comprender el “**beso santo**”: “*Saludaos los unos a los otros con un beso santo*” (**Romanos 16:16**). No es solamente una expresión externa, sino una comunión que debe corresponder con la verdad que hemos recibido. Por eso, Pablo añade: “*sed sabios para el bien, e inocentes para el mal*” (**Romanos 16:19**). La *Amada* nutrida por la Palabra aprende a reconocer lo que edifica y también aquello que produce división, sabiendo cuándo acercarse y cuándo apartarse.

Todo este proceso requiere que la carne pierda su fuerza para que la vida espiritual pueda sostener aquello que el Rey encomienda, porque no es nuestra capacidad la que hace la obra. El poder pertenece al Rey.

La *Amada* que se deja tratar, que deja de resistir y que levanta altar, se convierte en un lugar donde otros pueden acercarse, recibir la verdad y ser llevados al sustento de **Yehoshúa’ HaMashíaj**. Lo recibido ya no queda solamente en ella, se convierte en Vida que alcanza al otro.

Por eso, el beso habla de una vida que ya no se guarda para sí, sino que, **por cuanto yo me he hecho Iglesia del Rey, yo soy alguien en el que pueden venir y pueden saciar su sed, porque de mí emana la fuente de vida**. Y esa Vida no nos separa del hermano, sino que nos hace disponibles para caminar con él, para que también sea formado y llevado hacia aquello que el Rey está haciendo. Porque en el Cuerpo nadie crece aislado.

Así, lo que el Rey ha formado en nosotros alcanza al otro, y lo que Él hace en el otro también nos sigue formando a nosotros.